

presentación mientras la burla no les tocara a ellos en carne viva. Y aunque muchos de los asistentes abandonaban la sala muy disgustados al caer el telón, y pese a la vulgaridad de la obra, no por eso dejamos de seguir haciendo nuestras representaciones con llenos diarios,⁴ y hasta obteniendo críticas favorables,⁵ lo cual vino a aumentar nuestra satisfacción y el éxito de los actores.⁶

LAS QUINCEAÑERAS PROTESTAN

Una distinguida señora, amiga muy querida de mi familia, hizo el vestuario de las artistas, logrando captar en los trajes la ironía de la comedia. Y las quinceañeras, para quienes la fiesta de su presentación en sociedad es un sueño casi sublime y no toleran que nadie haga la más inocente broma de ello, reaccionaban encolerizadas cuando descubrían la intención del chiste, dejándose cautivar, en cambio, por la ingenuidad de los personajes jóvenes de la obra, los cuales no dejaban de estar ridiculizados también.

Y, a fin de cuentas, ¿quién puede decir si lo que la comedia retrata es de verdad o de broma? En la misma calle de Milwaukee y en otras partes he visto a quinceañeras bailar entre nubes de vapor, pasear en carros alegóricos cubiertos de flores, emerger de enormes conchas de pasta como venus boticellianas, dar *shows* gigantescos que ya envidiarían en los mejores cabarets, desfilas, con toda su parentela, suntuosamente ataviada, en ceremonias fastuosas que

⁴ "Extras de la Extra", por Tomás Perrín, periódico *Ultimas Noticias*, Segunda Edición, 25 de octubre, 1960.

⁵ *Ibidem*, 26 de octubre, 1960.

⁶ "Entre Candilejas", por Martín Galas Jr., periódico *La Afición*, 25 de octubre, 1960.

recuerdan la coronación de alguna gran reina. Ciertamente que así todos evocan y viven por un instante una pompa ridícula que añoran en la misma medida en que son ajenos a ella, pero ¿a quien le importa tanta exhibición y tanta ostentación, una vez que termina la fiesta? Sólo logran con tales eventos dar una breve y grotesca realidad al sueño ingenuo de las jóvenes.

LOS QUINCE AÑOS DE LULU

Cuento en cuatro actos cortos. Estrenado en el teatro del Club X, de la ciudad de México, el día 14 de octubre de 1960.

PERSONAJES

LUCHY,	la abuela.
SIGFRIDO,	mozo que cuida de la casa y sirve de mayordomo.
LULÚ,	la quinceañera.
MARQUÉS DE GARRAS,	español de pocas pulgas que viene a conquistar América.
ELOÍSA,	hermana de Luchy, pobretona y de tipo vulgar.
REBELDE,	personaje indispensable del siglo veinte.
LIZI,	niña boba, pero muy actual, hija de Eloísa.
UNA ROTA CUALQUIERA,	exótica del Chicago Blossom.

Voces y ruidos que vienen de fuera.

ACCIÓN EN LA CIUDAD DE MÉXICO.
ÉPOCA ACTUAL.

Primer acto, UNA TARDE DE AGOSTO EN LA CASA
DE LUCHY.

Segundo acto, UN VIERNES POR LA TARDE DÍAS DES-
PUÉS.

Tercer acto, AL DÍA SIGUIENTE EN LA MAÑANA.

Cuarto acto, LA NOCHE DE LA FIESTA.

ESCENOGRAFÍA

Un mezzanine comunicado por ambos lados con las recámaras en el primer plano; a la derecha un balcón que sale a la terraza, y la puerta del baño a la izquierda. Al final está rematado con una barandal, que, por su forma, da la impresión de que dos escaleras laterales bajan a un salón principal, el cual sirve de fondo dando idea de profundidad. Está amueblado lujosamente. Hay dos sillones estilo imperial, una vitrina con copas, botellas y vino y una mesita con un teléfono (cosas estas indispensables en la casa de LUCHY).

PALABRAS DEL AUTOR AL PÚBLICO
EL DÍA DEL ESTRENO

Los quince años de Lulú, un cuento como ya se dice, no trata de seguir ninguna norma establecida ni tampoco pretende ser una obra en serio. Es una crítica exagerada sobre las fiestas de quince años.

Ustedes verán personajes, situaciones, hechos y hasta ideas llevadas con ironía a su mayor ridiculez. Si alguien dijera que este cuento no tiene sentido, quizá acertaría; pero esto no es reprochable ya que su objeto es criticar a la realidad misma y ésta muchas veces tampoco lo tiene.

ACTO PRIMERO

UNA TARDE DE AGOSTO EN LA CASA DE LUCHY

ESCENA I

LUCHY, SIGFRIDO, luego LULÚ y finalmente el MARQUÉS.

*Suena una marcha real y entra LUCHY MILLO-
NES, elegantemente vestida, llevando en una mano
un manojo de banderitas de todos los países del mun-
do; muestra el cansancio de un largo viaje. Detrás
de ella viene SIGFRIDO, un anciano velador, cargando
varios hitacates y bolsas de plástico transparente
llenas de ropa en desorden y una escopeta.*

LUCHY.—¡Al fin! Mi palacio me aguarda...

SIGFRIDO.—Señora, ¿qué hago con este mugrero?

LUCHY.—¿Qué?... ¿Cómo se atreve a hablar en
esa forma de mis ropas íntimas? Deposítelas en la
alcoba rosada que tiene la cama de mármol con flo-
res de lis mostaza (*SIGFRIDO se deshace de su carga-
mento echándolo de un puntapié a un lado. Luego
se sacude escrupulosamente las manos. LUCHY, in-
dignada, deja caer su ramo de banderitas*) ¡Sigfri-
do!... ¡A quién se le ocurre!... (*Un enorme costal
entra por el balcón y cae en el piso, haciendo gran
estruendo. LUCHY, asustada, da un salto y se agarra
al cuello de SIGFRIDO, quedando en sus brazos; luego
reacciona y le da una bofetada. Este la suelta, de-*

jándola caer al suelo. Seguidamente, se oyen las voces de dos cargadores.)

VOCES.—(*Desde abajo.*) ¡Vieja! ¿Qué hacemos con el yate? (*Echan hacia adentro un paquete de libretas y folletos turísticos.*)

LUCHY.—(*Furiosa se levanta y va al balcón.*) ¡Deberían tener más cuidado!... ¡Echenlo a la piscina!... (*Entre dientes.*) ¡Salvajes!...

SIGFRIDO.—Señora, la esperan los periodistas en el hall. Quieren saber de su viaje alrededor del mundo.

LUCHY.—¡Espere! Antes dígame si tuvo algún problema con la casa durante estos meses de mi ausencia.

SIGFRIDO.—Pues... problema, problema, no. Mi esposa y yo nos la capoteamos muy bien para cuidársela con los cinco pesos diarios que nos mandaba desde el extranjero.

LUCHY.—Eso me agrada, es usted un hombre eficaz. La casa está limpia y todo parece en orden. (*Pasando un dedo sobre una mesita.*) Los muebles nuevos hasta dan la impresión de haber sido usados.

SIGFRIDO.—Sí, señora, mi esposa y su servidor tuvimos buen cuidado de ello. (*Sale.*)

LUHY.—(*Suspirando.*) “Home, sweet home”... ¡Oh, la, la!...

LULÚ.—(*Entrando por las escaleras.*) Abuela, ¿has visto el jardín cómo está?

LUCHY.—Seguramente divino... Sigfrido es un mozo encantador. (*Se asoma al balcón y se oyen gritos y bullicio de gente que se divierte armando escándalo.*) ¿Qué pasa afuera? ¿Qué hace tanta gente en mi alberca?

LULÚ.—¡Achis!...

LUCHY.—(*Gritando.*) ¡Oigan! ¿Cómo han entrado en traje de baño hasta mi piscina? (*Va hacia su equipaje y se agacha a coger la escopeta, cuando alguien abre la puerta del baño y le pega en las asentaderas.*)

MARQUÉS.—(*Se asoma por el baño. Viste una bata rota y vieja, color guinda, y lleva un cepillo de*

dientes en la mano.) ¡Oh, perdón, pensé que ya no había nadie!

LUCHY.—(*Asombrada.*) ¿Pero quién Judas es usted?

LULÚ.—Ha de ser un sonámbulo, abue.

MARQUÉS.—(*Apenado.*) ¡Disculpe!... como todos andaban en calzones de baño, me tomé este atrevimiento. (*Cierra la puerta de golpe.*)

LULÚ.—(*Mirando, alarmada, por el balcón.*) ¡Abuelita, los invasores están destrozando tu yate!

LUCHY.—¿Qué es esto? (*Va hacia el baño empujando la escopeta y toca fuertemente.*) ¡Salga usted de mi baño... viejo indecente! (*Abre la puerta de un empujón y sorprende al MARQUÉS lavándose los dientes.*)

MARQUÉS.—¿Qué pasa ahora?

LUCHY.—¡Salga de aquí o lo mato!

MARQUÉS.—(*Asustado, escupe el cepillo y sale tembloroso con las manos en alto.*) ¡Caramba, hasta en dónde fastidian!..., ¡ni que estuviera uno de balde!

LUCHY.—(*Retrocediendo envalentonada.*) ¡Lulú, llama a la policía en seguida!

LULÚ.—¡Ay, abue, siempre estamos molestándola! (*Sale corriendo.*)

MARQUÉS.—(*Murmurando.*) ¡Ya me decían en casa que me fuera al Prado!

LUCHY.—Pues ahí es a donde va a ir a dar.

MARQUÉS.—(*Decidido.*) ¿Pero es que en estas pensiones también se cuelan locos?

LUCHY.—¡Qué pensiones ni qué ocho cuartos! ¡Por lo visto mi casa está llena de tahures que van a ir a dar al tambo!

MARQUÉS.—(*Tragando saliva.*) Mire, señora, yo pago por la suite rosada con flores de lis mostaza un verdadero capital.

LUCHY.—¿Cómo?

MARQUÉS.—¡Sí! Y tengo tanto derecho de usar las

instalaciones... (*Señala el baño.*) ¡como pueda tenerlo usted!

LUCHY.—¡Pero si esa es mi alcoba!

MARQUÉS.—Vamos, si usted quiere la habitación, podemos hacer un arreglo amistoso mediante una cantidad moderada.

LUCHY.—Oigame, individuo... ¿sabe quién soy yo?

MARQUÉS.—Aunque fuera la Marilyn Monroe.

LUCHY.—(*Acomodándose el pelo.*) Tal vez... (*Avanza coqueteando.*) ¡Una llegada imprevista!... (*Suspira.*)

MARQUÉS.—¡Claro!, como que en Holliwood son capaces de hacer una belleza con algo peor que usted todavía...

LUCHY.—¡Pelado! ¡Habrase visto!...

ESCENA II

LUCHY, el MARQUÉS y ELOÍSA, *mujer viejona toda despeinada con el pelo teñido de rubio, que entra.*

ELOÍSA.—(*Suspira anhelosamente al ver al MARQUÉS.*) ¡Luz, preséntame, oye!...

MARQUÉS.—¡Qué! ¿Es eso algo suyo?

ELOÍSA.—Soy su hermana, ¡qué!

LUCHY.—(*A ELOÍSA muy confidencialmente.*) Está la casa llena de gentes extrañas.

ELOÍSA.—(*Al MARQUÉS.*) Oiga, ¿tan feo nos llevamos?

LUCHY.—Quítate, Eloísa, el pleito con este señor es mío.

MARQUÉS.—¿Puedo siquiera bajar las manos?

LUCHY.—Si quiere, aunque de nada le va a servir.

ELOÍSA.—(*Se sienta.*) ¡Ay, tú!

MARQUÉS.—Yo no sé lo que usted alegará, pero sea

lo que sea, no tiene ningún derecho a atropellarme en pijama a estas horas.

LUCHY.—¡Es la una de la tarde!

MARQUÉS.—Sí, señora, pero si descuenta las horas de aquí a Europa verá que es temprano.

LUCHY.—(*Contando.*) Peor aún... serán las ocho de la noche.

MARQUÉS.—¡Exacto! La hora en que en España terminamos de dormir la siesta.

ELOÍSA.—(*Bostezando.*) ¿Nada más?

LUCHY.—Mire, señor, usted me simpatiza y yo soy una persona que atiende razones, así es que vamos a sentarnos y a conversar para conocernos y tener más confianza mutua.

MARQUÉS.—Vamos. Un jaibolito no nos caerá mal. (*Se dirige a la vitrina y sirve tres whiskies.*)

ELOÍSA.—(*Levantándose.*) Ay no, yo no; es muy temprano para echarme a la bebida.

MARQUÉS.—(*Dándoles el vaso.*) No se eche, simplemente siéntese. (*Tropieza y vacía el vaso encima de LUCHY.*) ¡Perdón!... Aún no sé su nombre.

ELOÍSA.—(*Tomando la palabra.*) Eloísa de Bocanegra, joven guapa y libre. Me dicen Lizita, de cariño...

MARQUÉS.—¿Y Bocanegra?

LUCHY.—Es que su marido, que ya no vive, decía cada cosita...

ELOÍSA.—Ay, Luz, qué dirá el señor...

MARQUÉS.—(*Irguiéndose orgulloso, mientras sueñan unas trompetas.*) Mi nombre es Juan Raimundo José Luis Fernando, conde de Vera de Córdoba y Marqués de Garras.

LUCHY.—(*Estupefacta, deja caer su whisky.*) ¡Un marqués!... La nobleza nos rodea. Y yo que me pasé en Europa seis meses tratando de pescar un título...

ELOÍSA.—¡Ya viste, aquí en el país también tenemos importados!

MARQUÉS.—¡Uh!, tanto como eso...

LUCHY.—¡Nada, nada! Usted se queda a vivir con nosotras mientras se arregla echar a la calle a toda la gente que invade mi mansión. Será invitado de honor a los quince años de mi nieta.

ELOÍSA.—Qué, ¿siempre no te ahorraste la fiesta?

LUCHY.—Cállate; tuvimos un viaje espantoso.

ELOÍSA.—Pues como yo te vi decidida a casarla, pensé...

MARQUÉS.—Bueno, con la venia de sus excelencias yo me retiro a mi habitación para terminar de vestirme. (*Besa la mano a LUCHY y rechaza la de ELOÍSA. Sale sigilosamente, como si huyera.*)

ESCENA III

LUCHY y ELOÍSA.

LUCHY.—¡Huy, qué elegante!

ELOÍSA.—Pues, manita, tiene cara de mayordomo.

LUCHY.—No seas ignorante, es un hombre finísimo.

ELOÍSA.—Oye, tú, ¿y qué pasó con la prima Paulette?

LUCHY.—¡Ay, la pobrecita! Si te digo que tuvimos un viaje... La atropelló una carretela en Sevilla.

ELOÍSA.—¡Ya!..., algo me estaba imaginando cuando no la vi en el campo aéreo. ¡Hasta pensé que se había casado por allá!

LUCHY.—¡Ah!, eso sí que no. Las tres somos muy unidas; o todas juntas o ninguna.

ELOÍSA.—¿Y se hizo siempre la cirugía?

LUCHY.—No, no estaba en condiciones. La trajimos dos meses al trote por Europa, enyesada con el brazo de angelito. Al llegar a Egipto, no hubo manera de subirla en camello y tuvo que irse a pie;

eso fue lo que más la perjudicó; con el calor y la arena del desierto perdió el sentido cerca de la Esfinge, y yo, de plano, contra todos los doctores, le quité el armazón de yeso de encima y con masajes de momia egipcia y vendados pudo llegar a Roma, donde se repuso.

ELOÍSA.—¡Pensar que ella siempre quiso ser monja!

LUCHY.—¡Pero no la admitieron en ningún lado!...

ELOÍSA.—La ha de haber gozado en Roma, ¿no?

LUCHY.—¡Ay, ni me lo recuerdes! Fíjate que le acababa de dar su baño de esponjas y vapor, cuando nos llevaron por equivocación unas botellas de vino. Tú sabes, nos hemos puesto una...

ELOÍSA.—¡Qué bárbaras!

LUCHY.—Las botellas eran para una convención de banqueros que se celebraba en una habitación contigua a la nuestra. Ya nada más me acuerdo que andábamos como locas por el Coliseo en una vespa que agarramos de la calle, y que resultó ser de un cura italiano... que luego nos hizo ir a confesarnos.

ELOÍSA.—¡No!

LUCHY.—Y nos puso de penitencia subir de rodillas cien veces la Éscala Santa... ¡Imagínate nada más a la prima Paulette!...

ELOÍSA.—¿Pero es que la subió? Hubieran pedido una rebajita con otros padres...

LUCHY.—¡Claro!, pero la prima no quiso y se empeñó en cumplir la penitencia. Es muy devota. Creo que ganamos indulgencias, pues la subió por mí también.

ELOÍSA.—¡Ay, tú!...

LUCHY.—Y no sólo fue eso, sino que por andar entradas en tragos, la policía nos quiso detener, y tú sabes cómo es una. ¡Yo con mis copas no me aguanté! Todavía tengo mis moretones de la huida.

ELOÍSA.—¡Qué condenados! No la dejan a una di-

vertirse. No creas, aquí en México ya van dos veces que me agarran. Una vez en Reforma en una razzia, como a las dos de la mañana, y en otra ocasión que me peleé con una clienta a la que le hice permanente casero y no le aguantó el pelo. Fuimos al bote las dos. Pero en Europa debía ser distinto, una es turista...

LUCHY.—Por eso nos tratan así; nos llevan como reses a todos lados y nunca te enteras ni por dónde andas. Hasta en España todos los guías turísticos hablan inglés nada más, y si no eres gringa, no te atienden ni los camareros.

ELOÍSA.—¡Qué españoles tan malinchistas!

LUCHY.—¡Con decirte que teñimos a Paulette de güera para que no nos desprestigiara!...

ELOÍSA.—Eso sí, más vale una botella de agua oxigenada en la mano que ser mismitas gringas, ¿verdad?

LUCHY.—Pues tú abusas... ¡pareces león!

ELOÍSA.—No, es que es un nuevo tipo de peinado muy adecuado para mí que tengo la belleza escondida, como esos anuncios de la tele.

LUCHY.—Te encuentro un poco demacrada.

ELOÍSA.—Es que yo no tengo "mosca" para restirarme el cuero. En cambio tú sí. Pero vienes bien gorda...

LUCHY.—(*Tomándose la cintura.*) ¡Gorda!...

ELOÍSA.—Pareces dona envuelta.

LUCHY.—¡No seas! Está bien que no haya cuidado mucho la línea... pero aún mi cuerpo es escultural.

ELOÍSA.—Ahora que te prefiero así de jamona a un bacalao como la prima Paulette.

LUCHY.—Pues en Niza me puse un bikini color carne que dejé frías a las flacas francesas. ¡Semejantes a esqueletos!...

ELOÍSA.—Pero aquellas han tenido dos guerras en el pasado... (*Suspirando, mientras suena música*

francesa.) ¡Ay, Niza, que ganas de ir a arrojarme sobre la arena de sus playas!

LUCHY.—¿Cuál arena? No tiene más que unos ‘pedruzcos’ de este pelo. ¡Por poco me descalabro! También fuimos a Montecarlo, al casino, y ya mero pierdo hasta la dentadura.

ELOÍSA.—¡Qué cosas! ¡Y aquí que no nos dejan jugar billar en nuestros centros!...

LUCHY.—Pero todo se compensa con las cosas bellas. Después salimos para Italia... *¡Oh, Italy!*... Unos puertos pequeños junto a un mar verde siguen a Génova, Santa Margarita, Rapalo... *¡Oh!*... *¡Porto Fino!* (*Suenan mandolinas un momento y LUCHY canta.*) “*Oh, la mare come bella, spira tanto sentimento...* ¿Pero ni sabes? Los baños en los restaurantes son mixtos.

ELOÍSA.—¡Qué incomodidad!

LUCHY.—¡La primera vez me llevé un susto!... Me estaba pintando los labios, cuando entró confianzudamente un viejo gordo...

ELOÍSA.—¡Ay, eso está casi como una vez que se perdió en el cine mi hija, y por buscarla, hasta en el excusado de los hombres me metí! Que me toca el intermedio de los cortos allá adentro y tuve que encerrarme hasta que salieron todos, tú.

LUCHY.—¡Ay! Si yo siempre lo he dicho, los baños son un lugar muy delicado. Una acostumbra guardar sus cosas como quiere en ellos.

ELOÍSA.—Yo por ejemplo tiendo desde la ventana a la regadera mi ropa interior, cuando la lavo, si la lavo, y no me gustaría que vieran la faja.

LUCHY.—Tú, porque ha de ser de esas de avispa.

ELOÍSA.—No, es de las que llevan varillas.

LUCHY.—Sabes, te quiero recomendar una gimnasia japonesa muy buena para el abdomen.

ELOÍSA.—¿De veras? No te imaginas cómo me hace falta, porque hay veces que ni el camisón de dormir me entra.

LUCHY.—¡Este ejercicio es rebueno! (*Intenta sentarse en el piso.*) ¡Ay!, no me da la falda.

ELOÍSA.—¿Qué, tú?

LUCHY.—Hay que sentarse en el piso, levantar manos y pies y avanzar hacia adelante.

ELOÍSA.—Si andas toda en el aire, ¿con qué avanzas, mana? Sólo que fueras fakir.

LUCHY.—No seas mensa, ¿con qué crees que avanzas? (*Se da en las asentaderas una nalgada con las dos manos.*)

ELOÍSA.—(*Impresionada.*) ¡Ay, tú, qué cosas inventan en Japón! Pero esa avanzada debe ser como para Sansón.

LUCHY.—¡Qué Sansón, esto es para las viejas! ¿O tú qué crees, que él tenía panza? (*Intenta volver a sentarse.*)

ELOÍSA.—¡No! Aquí no lo hagas, puede salir el marqués ese de Garras y si te ve te quemas.

LUCHY.—¡Ya sé! Acá atrás del sillón. (*Se da la vuelta y se sienta tras el respaldo de manera que el público no la vea.*) ¡Ay! (*Suena un ruido extraño.*)

ELOÍSA.—¡Ya se te descosió la falda!

ESCENA IV

Dichos, LULÚ y un rebelde sin causa que entran en ese instante sorprendiendo a LUCHY en el suelo. El REBELDE viste chamarra roja y botas negras. Trae, además, una enorme melena y lleva una cadena en las manos.

LULÚ.—¿Qué haces, abue?

LUCHY.—¡Auxilio! ¡Sáquenlo!

REBELDE.—¿Qué, un ratón, señora?

LULÚ.—(*Al REBELDE.*) ¡Cómo! ¿Hasta aquí?...

ELOÍSA.—¿Quién es, Lulú?

LULÚ.—No sé, tía; me viene persiguiendo desde la esquina.

LUCHY.—¡Sea quien sea, sáquenlo en seguida!

REBELDE.—¿Qué se están creyendo, que me van a sacar de aquí?

ELOÍSA.—(*Al REBELDE, que mira a LUCHY.*) Oye, tú, bien que estás mirando para abajo...

LULÚ.—¿Con qué derecho entra hasta nuestra casa?

REBELDE.—¿Cuál casa? Si desde hace dos meses es nuestro club... ¡Y lo vamos a declarar parque público!

LUCHY.—¿Parque qué?... (*Se pone de pie inmediatamente tapándose con las manos la abertura de la falda.*)

REBELDE.—(*Chiflando.*) ¡Fwi, fwi!... ¡Tan buena la grande como la chiquita!

ELOÍSA.—(*Posando.*) ¿Y yo qué, oiga?

REBELDE.—Usted cálese.

LUCHY.—¡Lulú! ¿Qué no llamaste a la policía?

LULÚ.—Ay, abuelita, cuando el tamarindo de la esquina supo que era aquí, se puso furioso y me dijo que no estuviera fastidiando.

REBELDE.—¡Nada!... Nos lo tenemos apantallado.

LUCHY.—Esto ha llegado al clímax, ¡es una invasión! (*Suenan las voces de unos niños que cantan.*)

VOCES.—“La mano derecha y después la izquierda; una media vuelta con su reverencia. A partir, señores, vamos a jugar. (*Se repite.*) La mano derecha...”

ELOÍSA.—¿Y eso, tú?

REBELDE.—Son los niños del *Kindergarten*. (*Prende su cigarro y se sienta tranquilamente.*)

LULÚ.—¿*Kindergarten*? (*Va al balcón y mira bien hacia abajo. Se sorprende más.*) ¡Abuelita, mira nada más tu jardín de este lado..., están tirando basura sobre tus rosales!

LUCHY.—¿Quién?

REBELDE.—Todos los días lo hacen; son del Hotel Sheraton Nonoalco de aquí enfrente. Ahora hasta de las casas de al lado vienen a tirar los desperdicios.

LUCHY.—(*Asomándose también, sin dejar de taparse la abertura de la falda.*) ¡Esto es una pesadilla! Mi palacio convertido en muladar... ¡guarida de rebeldes sin causa!

REBELDE.—No se escandalice, señora, tómelo con calma.

LUCHY.—(*Vuelve a empuñar su escopeta.*) ¡Aquí muere alguien!... (*Tira un balazo.*)

REBELDE.—(*Sale corriendo.*) ¡Abranla, que lleva bala!... (*LULÚ y ELOÍSA se arrojan pecho a tierra. Luchy sale persiguiéndolo muy de cerca. Suena afuera otro balazo y una violenta explosión seguida de música de película de guerra. Cae el telón.*)

ACTO SEGUNDO

DÍAS DESPUÉS POR LA TARDE.

ESCENA I

LULÚ, el MARQUÉS y luego LUCHY.

Al abrirse el telón todos los muebles se encuentran arrimados a la pared, como si alguien estuviera haciendo limpieza. Suena un vals e irrumpen en la escena valseando ridículamente LULÚ y el MARQUÉS DE GARRAS, en mallas rojas y negras, respectivamente.

LOS DOS.—(*A coro y alternando.*) Uno, dos, uno, dos, uno, dos..., (*LULÚ le da un pisotón al MARQUÉS.*)

MARQUÉS.—¡Ay!... ¡so...! ¡so, so, so!... (*Se sienta frotándose el pie.*)

LULÚ.—(*Muy apenada.*) Ay, lo pisé otra vez; perdóneme, pero es que usted baila a paso redoblad... No me da tiempo de sacar el pie. (*Se sienta y suspira, cansada.*) ¡Ah!... Esa subida para arriba bailando por las escaleras estuvo retepeliaguda.

MARQUÉS.—¿Qué manera de hablar es esa? ¡Eso es un pleonismo! Da desesperación oír el léxico de la juventud de América. “Me se imagina” si lo oyesen en España... ¡Bah!, pensarían que son salvajes.

LULÚ.—¿Qué, eh?

MARQUÉS.—Sube para arriba, baja para abajo... y aún hay algo peor... “aguanta pianos, me escu-

pirán un ojo, arroz, no pus sí mano, aviéntense, qué vaciado", etc.

LULÚ.—(*Descontrolada.*) ¿Está seguro que no es la primera vez que baila por las escaleras?

MARQUÉS.—(*Levantándose.*) ¡Claro que no! En España bajé algunas veces al son de la jota las del Palacio Real de Madrid.

LULÚ.—(*Azorada.*) ¡Mm!... ¡Ay, me está doliendo el estómago!

MARQUÉS.—¡Qué extraño que nada más te duela cuando hay clase de baile! (*Mirando el reloj.*) ¡Las cinco de la tarde! Tenemos que seguir preparando el espectáculo de tu presentación en sociedad. (*Suena la música otra vez, y mientras, LULÚ y el MARQUÉS hacen sus poses y ejercicios de danza, ora LULÚ cargando al MARQUÉS, ora a la inversa; ya haciendo faenas, dando manoletinas y pases uno, ya embistiendo el otro. Y en el momento en que LULÚ pone banderillas, aparece LUCHY, vestida con pantalones de casa, y tose fingidamente para llamar la atención.*)

MARQUÉS.—¡Madame!... (*Escondiéndose.*) ¡Qué imprudencia! (*Trata de taparse con la cortina.*)

LUCHY.—Marqués de Garras, por mí no se preocupe. He visto cosas peores en mi corta vida... Vengo a echarle una revisada a la casa. Hay una cantidad de insectos, que me tuve que arreglar como para un zafari; pero sigan dando su clase...

MARQUÉS.—De todos modos, es mejor que bailemos en la terraza y que nadie nos vea... El vals será sorpresa.

LUCHY.—(*Suspirando.*) ¡Ay, el vals!... A mí nunca me hicieron fiesta en ninguno de mis quince años.

LULÚ.—¿Por qué, abue?

LUCHY.—Ay, hija mía, por aquellas épocas andábamos todos de paracaidistas.

LULÚ.—¡Qué aventados!

MARQUÉS.—(*Tomándole a LUCHY la mano.*) Señora, es usted un dechado de aventuras maravillosas.

LUCHY.—Como tú ves, no tuve mucho chance; por eso me casé pronto. Además, yo siempre he sido “salada” para los bailes.

MARQUÉS.—(*Tomando “salada” con el sentido que le dan en España.*) ¿Cómo salada? ¡Saladísima y retrechera es usted!...

LUCHY.—(*Confusa, no sabiendo si es halago o es burla.*) Mi primer baile en la Bondonjito estuvo a punto de cambiar mi destino. Dos charros se trabaron a golpes por mí, pero yo no quise aceptar al vencedor ni al vencido, y entre los dos me arrojaron a un canal que había por la Calzada de la Viga.

MARQUÉS.—¡Qué grosería!

LUCHY.—¡Qué pestilencia!... Salí como mosca en whisky, con el vestido desteñado, tiemble y tiemble...

MARQUÉS.—Esta vez, será distinto, yo mismo me encargaré de su felicidad.

LUCHY.—Ay, se lo agradecería tanto...

MARQUÉS.—Bueno, por lo pronto, creo que nosotros seguiremos ensayando en la terraza; con permiso. (*Sale muy sonriente a la terraza.*)

LULÚ.—¡Ay, me está dando dolor de caballo! El Marqués me hace cabalgar como recua. (*Sale.*)

ESCENA II

LUCHY y luego SIGFRIDO.

LUCHY.—(*Soñadora, con la mirada perdida.*) ¡El vals!... ¡Oh, voy a gritar de emoción! Toda la comitiva de las mejores sociedades y casas reales del mundo, yo en el centro, inflando champagne con las reinas de Europa... La orquesta vienesa de un lado tocando “Danubio Azul”, mientras en el jardín los

mariachis del Tenampa traen la serenata... (*Fondo musical con el vals y mariachis.*) Un príncipe cruza el jardín saltando el muro con su caballo. (*Ruido de pisadas de caballo y de la respiración jadeante de una persona.*) Entra al salón, mira mi vestido dorado y se acerca... (*Tomándose el corazón.*) ¡Ah!...

SIGFRIDO.—(*Aparece muy sucio y espera rascándose la cabeza.*) Señora, ¿podría?...

LUCHY.—¡Ay!... (*Se vuelve emocionada.*) ¡Oh! (*Volviendo a la realidad.*) ¿Qué hace usted aquí? ¡Vaya a ver quién anda a caballo por mis propiedades!

SIGFRIDO.—¿Cómo?... No, señora.

LUCHY.—Pero si yo oí cómo un jinete cabalgaba cansado; ¡corra! El caballo debe estar tomando agua en la fuente.

SIGFRIDO.—No, ese ruido lo hacen el viejo ese y su nieta en la terraza. (*Ruido de caballos a galope.*)

LUCHY.—¿Pues qué hacen?

SIGFRIDO.—Corren brincando por los mosaicos negros nada más, no pisan los blancos para nada.

LUCHY.—¡Oh!... Y usted, ¿qué desea?

SIGFRIDO.—No, señora, es que toda la gente que pasa por la calle se quiere meter a la fuerza. Ayer, como a la una de la mañana, vinieron unos tipos necios a pedir servicio en su coche y estuvieron molestando con el claxon y las luces.

LUCHY.—Debió haberles dicho que aquí no se servía ya.

SIGFRIDO.—Si les dije, pero ellos querían para llevar. ¡Hasta querrá creer que me insultaron de a feo!... No le digo lo que me dijeron, porque mejor me da más pena a mí que a ellos que andaban trajeados. Se las pudieron haber dicho a usted...

LUCHY.—¿Y todavía tiene el descaro de venirme a contar esos chismes? Bien sabe que nadie más que usted es culpable de esos desmanes por haber negociado con mi mansión durante mi ausencia.

SIGFRIDO.—¿Yo?...

LUCHY.—(*Furiosa.*) Rentó hasta mi aposento. Cobraba por nadar en la piscina, alquiló el garage para *Kindergarten*... ¡Tuve que meterle pleito hasta al Gobierno!

SIGFRIDO.—¡Yo le he querido explicar cómo fue todo, pero usted ni me deja!

LUCHY.—¡Ya me sé el cuento!..., si lo dejo hablar va a resultar que la causante de todo soy yo.

SIGFRIDO.—Pues la verdad es que los cinco pesos diarios que me mandaba del extranjero no me servían ni para mi cervecita.

LUCHY.—¡Cinco pesos son cinco pesos aquí y en China... y usted encima se los bebía!

SIGFRIDO.—Pues mi mujer para completar el gasto y cuidar de su residencia como Dios manda, empezó a lavar ropa y a hacer tortillas, luego arreglamos dar comidas en el patio a los obreros del taller de la esquina... ¡Si viera que los pobres son retental comidos!

LUCHY.—Claro, y también les dieron alojamiento, ¿no?

SIGFRIDO.—Eso fue cuando vinieron familiares del pueblo en Semana Santa. Les gustó mucho y se quedaron a vivir. Después rentamos las otras habitaciones.

LUCHY.—¿Y el bar clandestino?

SIGFRIDO.—No era bar, sólo vendíamos nieve de limón y pulque a los sedientos.

LUCHY.—¡Dios mío!...

SIGFRIDO.—Los pandilleros son los que más lata nos dan ahora. Quieren que les devolvamos su rockola. Ya ni salgo a la esquina... tengo miedo de que me cadeneen.

LUCHY.—¿Lo vé? ¿Qué tal si no los saco a balazos el día que llegué?

SIGFRIDO.—Lo que los hizo huir fue la explosión de los tanques de gas... ¡parecía cañonazo!

LUCHY.—Bueno . . . , se me fue una balita chueca.

SIGFRIDO.—Pues nosotros cuando la vimos enmohinada, ya nos íbamos.

LUCHY.—Sí, pero yo a ustedes no los dejo ir. Se quedarán más tiempo. ¡Además, no los tengo picando piedra! Por lo pronto seguirán escarbando la basura que dejaron tirar en mi jardín.

SIGFRIDO.—(*Mirando al balcón.*) ¿Y no habría modo de dejarla en forma de montecitos caprichosos? (*Persuasivo.*) Serviría de abono al pasto.

LUCHY.—¿Cree que dos mil metros de basura se ven bien? Y aún así . . . ¡ni que yo fuera una de esas viejas locas, ricas y estrafalarias!

SIGFRIDO.—(*Sacando unos sobres.*) ¿Qué hago con los giros y la correspondencia que sigue llegando para los vacacionistas?

LUCHY.—¿Giros? . . . (*Arrebatándole los sobres.*) A ver, a ver, déjeme los sobres aquí para darles una miradita. (*Leyendo las direcciones.*) “Mesón del Templo del Amor”. ¿Qué?

SIGFRIDO.—Es que nosotros buscamos para nuestro público un nombre comercial.

LUCHY.—Pero esto es denigrante, ya mero le ponen “La Malmaison”. (*Rompe los sobres y los tira. Comienza a acomodar los muebles. Suena un ruido como de caída de agua.*)

LUCHY.—Y eso, ¿qué es?

SIGFRIDO.—L’agua.

LUCHY.—¡Cómo! ¿Todavía no han venido del Departamento de Obras Públicas a arreglar las cañerías?

SIGFRIDO.—Pues no, ansina la ciudad se sigue hundiendo. ¿No ve la casa de enfrente? De un lado le aumentan escalones para entrar y del otro escarban para salir.

LUCHY.—Menos mal que ésta tiene pilotes de madera y se levanta pareja. (*Sigue limpiando muy hacendosa.*)

SIGFRIDO.—(*Se sienta perezosamente.*) ¿Ya ve? Cuando se cayó el Angelito de la Independencia cambiaron de lugar las calles.

LUCHY.—Es cierto. Desde entonces tenemos más jardín... Ahora que lo que pasó con las calles en el centro no fue cosa del temblor.

SIGFRIDO.—(*Pesimista.*) ¡Un día de estos nos vamos pa'abajo!

LUCHY.—¡No le haga! Está bien que México esté sobre un lago, pero tampoco me gustaría reunirme con el tesoro de Moctezuma. No soy de esa clase de doncellas que, cubiertas de joyas, arrojaban los Mayas de Yucatán a los cenotes. (*Da la escoba a Sigfrido.*)

SIGFRIDO.—(*Toma la escoba y la avienta.*) Aquí en el sótano parece manatíal, se abren como ojos de agua y brota un verdadero borbollón. Hasta hemos tenido que poner un caminito de piedras entre el agua, que corre como río, para llegar a nuestras camas.

LUCHY.—¡Ay, cállese! No me siga espantando; ¿no ve que tengo todos mis millones invertidos en la ciudad? Realmente mi trabajo me costaron. Eso de pescar millonarios desde los catorce años...

SIGFRIDO.—Si viera qué rica sabe esa agua...

LUCHY.—¿De veras?... (*Espantadísima.*) ¡Ni se le ocurra probarla!

SIGFRIDO.—¡Pues si de esa es la que sirvo en la mesa!... Como no les gustan los refrescos embotellados, porque diz que engorda el gas, de ahí la recogemos.

LUCHY.—Pero... ¡qué burro! ¡Vamos a agarrar una tifoidea de muerte!

ESCENA III

Dichos .Luego, LULÚ y el MARQUÉS.

LUCHY y SIGFRIDO *se hallan terminando de arreglar la casa cuando suenan unos marrazos y voces de albañiles en la calle.*

LUCHY.—(*Asomándose al balcón.*) ¿Qué pasa? Oigan, ¿qué hacen?

SIGFRIDO.—¿No serán del Departamento de Obras Públicas? Están escarbando el piso, mire. Van a ver la toma de agua, yo creo.

LUCHY.—¡Están destrozando mi banquetta!... ¡Détenanse! ¿No ven que es de mármol? ¡Ay!

SIGFRIDO.—Parece que se detienen, mire, están volteando para acá.

LUCHY.—La rompían como si fuera de tepetate. (*Las voces arman más alboroto.*)

VOCES.—(*Burlándose.*) ¡Ay, tú, loco!... Se me cae la mano, mira. ¡A cachar granizo a otra parte!... ¡Dios los cría y ellos se juntan!... Violas, tú. ¡Torrero!... (*Suena una lluvia de pedradas.*)

LUCHY.—¡Están lapidando al pobre Marqués!

VOCES.—¡Qué muera como María Candelaria!...

MARQUÉS.—(*Irrumpe en escena dando gritos.*) ¡Auxilio!... ¡qué me han pegado, me han pegado!... ¡So bestias! ¡Que esto no es la Alhóndiga de Granaditas! (*Se abraza a LUCHY.*)

LULÚ.—(*Entrando con la agilidad de un chapulín.*) Toda la broza de albañiles está aventando piedras.

VOCES.—¡Que salga!... ¡Que salga!... ¡Vamos! ¡Salga a bailar!... ¡Te antojas!...

SIGFRIDO.—Hasta el asturiano de la Super Fonda y abarrotes se encuentra gritando entre la pelazón.

LUCHY.—(*Al MARQUÉS.*) ¡Ay! ¿le han hecho daño? (*Grita hacia afuera.*) ¡Plebes!

MARQUÉS.—Ya me lo decían en mi casa. ¡Cuidate de la indiada!

SIGFRIDO.—Vinieron a arreglar la toma de agua.

MARQUÉS.—Esto fue un atentado.

SIGFRIDO.—¡También usted... con esos pantaloncitos parece cabaretera!...

MARQUÉS.—¿Yo? ¡Ay!... (*Finge desmayarse en los brazos de LUCHY.*)

LUCHY.—(*Sin darse cuenta va a asomarse al balcón y deja caer al MARQUÉS al suelo.*) ¡Oiganme!... (*Suena una rechifla y caen piedras de mármol en la escena. LUCHY toma una.*) ¡Mi banqueta de mármol de Carrara! ¡Oh, no! ¡Salió carísima!... ¡No respondo chipote con sangre!... (*La lanza a la calle.*) ¡Montoneros! (*Va a su habitación, regresa poniéndoles unas cananas, se arregla el pelo y sale.*)

LULÚ.—Abue, ¿a dónde vas? ¡Te van a golpear!...

ESCENA IV

LULÚ, SIGFRIDO, *el* MARQUÉS y ELOÍSA *que entra con unas copas de más y una botella de vodka en la mano. Después, LIZI.*

ELOÍSA.—¡Bochichornia!... Marqués de Garras, ¿qué hace en el piso? ¡Hip!

LULÚ.—¡Ay, tía!...

ELOÍSA.—(*Asomándose al balcón.*) Qué popular es Luchy. ¿Qué hace entre tantos chicos allá afuera?

SIGFRIDO.—Pa mí que le van a dar una tranquiza a la patrona.

MARQUÉS.—¡Madame!... ¡Madame! Ayúdenme a levantar, veo todo nublado.

ELOÍSA.—(*Le tiende la mano.*) Sabe, no crea que

yo veo tan claro que digamos. Toma, Lulú. (*Le da la botella de vodka.*)

LULÚ.—Ay, tía, ¿qué hacemos?

ELOÍSA.—Tú tómatela toda. Yo tengo más vodka arriba. (*Está anocheciendo y suena una melodía como de caja de música. ELOÍSA se olvida del MARQUÉS.*) ¿Bailamos, Sigfrido?

SIGFRIDO.—¡Señora! ¿Yo?

ELOÍSA.—Saben, esto me recuerda cuando yo era niña. Tenía mis bucles dorados. Y tengo una foto donde estoy gorda, gorda con mi canastita de flores y un dedo en la boca, como una boba. Me acuerdo que entraba por las puertas y cantaba. (*Cantando al son de la melodía.*) ¡La, la, la la la!... (*Se abre la puerta y entra una niña gorda con bucles dorados y un perro de peluche café en la mano.*)

LIZI.—¡La, la, la la la la!... (*Termina la canción con su antipática voz y enseñando su perro de peluche dice:*) ¡Mida, mamá, un pedo café!... (*Cae el telón.*)

ACTO TERCERO

UN SÁBADO, AL DÍA SIGUIENTE. SON LAS OCHO DE LA MAÑANA.

ESCENA I

El MARQUÉS, LUCHY y la voz del REBELDE. Luego LULÚ, ELOÍSA y finalmente el REBELDE.

Al comenzar la escena, el MARQUÉS, en bata, entra al baño. Luego, aparece LUCHY soñolienta, en bata de gasa y se dirige al balcón a tirar una bandeja con agua y menjurjes. Abajo se oyen los ruidos de una motocicleta que pasa, el del agua al caer y el de un enfrenón.

REBELDE.—(*Se oye cómo para el motor y da un grito, furioso.*) ¿Quién fue la bestia? ¡Salgan si son hombres!...

LUCHY.—(*Asomándose de nuevo.*) ¿Quién es?

REBELDE.—(*Se oye su voz.*) ¿Qué me echó, vieja atascada?

LUCHY.—¿Yo?

REBELDE.—¡Sí, usted, ...no se haga!. Aventó un caldo de perro asqueroso. ¡Bájese si es tan valiente!

LUCHY.—¿Caldo de perro?... Ay, no, fue mi enjuague facial de embriones de lagartija al vapor.

REBELDE.—¡Qué puerca! Me cayó en la meritita cara. ...¡Pero esto no se queda así!... (*Suena una pedrada y un cristal que se rompe.*)

LUCHY.—(*Escandalizada.*) ¡Ay, no!... ¡Los vidrios no, por favor! Los acaban de poner. ¡No!... ¡Pst!... ¡Niño!...

REBELDE.—Su abuela, vieja ruca. ¿Cree que puedo ir al servicio militar oliendo a gata quintopatiera?

LUCHY.—¡Eso no es posible!... Yo misma le puse gotitas de perfume finísimo.

REBELDE.—¿Finísimo?... ¡Puf!...

LUCHY.—¡Sí! (*Orgullosa.*) Mi perfume favorito de esencias exóticas.

REBELDE.—¡Será porque nadie se le acerca! ¡Huele a rayos!...

LUCHY.—¡Ay no! Los vidrios no, si todavía ni los pago. (*Suena otro cristal al romperse.*)

REBELDE.—¡Mire nada más cómo quedó mi moto!... Le están saliendo como burbujas de hule.

LUCHY.—Sí, es la nata rejuvenecedora que se forma al cristalizar. Es excelente para la piel.

REBELDE.—Pues se está levantando la pintura de la salpicadera. ¡Ah, no, usted me indemniza ahora mismo... o le bajo el ventanal de colores!

LUCHY.—¡Espérate! ¿No quieres pasar? Tomaremos el desayuno en la terraza para tratar el asunto con calma.

REBELDE.—¿Y mi servicio militar? ¿Quién pasa lista por mí?

LUCHY.—No te preocupes, daremos un telefonazo, o mando al mozo.

REBELDE.—(*Confianzudamente.*) Bueno... no es nada... ¡Abrame!

LUCHY.—(*Gritando.*) ¡Sigfrido!... ¡Sigfrido!... ¡Abra la puerta! Quieren entrar. (*Se mete a la habitación, muy pensativa.*) ¡Vaya!... De modo que ese enjuague es lo que me está irritando la piel. Ya decía yo que no eran pulgas. ¡Caramba!

LULÚ.—(*Entrando en pijama, muy demacrada.*) ¡Ay, abuelita, qué mal me siento!

LUCHY.—¡Ya!... ni yo, que tuve que brindar y

echarme mis cruzaditos con todos los albañiles de ayer.

LULÚ.—¿De veras?

LUCHY.—¡Qué querías!... Les di para sus aguas, pero no se iban, si no los acompañaba yo... Y como no me hago de rogar... (*Entra ELOÍSA cantando, vestida con una bata floreada.*)

ELOÍSA.—“*Jasping de band and cherrycoke; cherrycoke*”...

LUCHY.—Y “ora”, tú, ¿qué tomaste?

ELOÍSA.—Cherries, tú. ¡Hip!... Como Lulú escondió mi vodka... (*El REBELDE entra de un brinco por el fondo.*)

REBELDE.—¡Ajá, malditas!...

LULÚ.—¿Tú otra vez?

ELOÍSA.—¡Mira nada más!

REBELDE.—¿Dónde está el desayuno?

LULÚ.—(*Al REBELDE, muy digna.*) ¿Quieres decirme cuándo vas a dejar de asediarme?

REBELDE.—¿Tú? Bien podías saludar primero.

LUCHY.—Un momento, es que yo le debo una disculpa. (*Al REBELDE.*) Entre tú y yo vamos...

LULÚ.—(*Alarmada.*) ¡No irás a hacer algún negocio conmigo, abue!

REBELDE.—(*A LUCHY.*) ¡Usted me va a dar una indemnización!

LUCHY.—¡Calma, nada de eso!... Entre los dos vamos a demandar a la compañía francesa que me vendió el enjuague. Ahorita mismo levantamos una acta para que nos paguen, a usted su salpicadera y a mí otro tratamiento en el hielo para recobrar los tejidos. Los acusaremos de daños a tercero y atentado en propiedad ajena, estropeándome el cutis. (*Suena el teléfono y contesta ELOÍSA.*)

ELOÍSA.—¡Aló!... ¿Quién?... ¡Ah! (*A LUCHY.*) Ten tú, mana, te hablan. (*LUCHY toma la bocina. ELOÍSA se sienta en el suelo y permanece atenta a*

la conversación de LUCHY. LULÚ y el REBELDE cruzan miradas.)

LUCHY.—¿Quién? Ah, es usted, licenciado; qué bueno que me llamó. Ahora precisamente le tengo a mano otra demanda... ¿Qué? Yo sé muy bien que desde que llegué, la semana pasada, usted está llevándome veinticinco pleitos; pero, ¿entonces para qué cree que le estoy pagando?...

ELOÍSA.—No te dejes, Luchy. (*Se empina la botella.*)

LUCHY.—¿Ya lo amenazaron de muerte?... Si pierde el pleito, lo mato yo. Necesita mucho valor con esos inquilinos. Son los tibetanos, ¿verdad?... ¡Pues no les pienso dar ni un centavo! ¿Ya probó con ratas?... ¿Con cucarachas?... ¿Y con olores pestilentes? Sí, si son bien sucios, les ha de haber gustado... ¿Les echaron siempre azul de metileno en los tinacos?... ¿Qué?... La última vez los niños... ¡En la jardinera! Sí, de color, ¿no?... Demándelos por eso también... ¿Ya les quitó el agua?... ¡Nunca se bañan los asquerosos!... De modo que ahorita metió a vivir junto a una familia numerosa de pepenadores y a un leproso... ¡y ni así se largan! (*Furiosa.*) Bueno, legalmente no se puede, ¿verdad?... ¡Pues, contra la ley, derrúmbenles encima el edificio! (*Cuelga.*)

ELOÍSA.—Eso no es bueno, mana.

REBELDE.—(*A LUCHY.*) ¿Y qué pasó con lo nuestro?

LUCHY.—¡Ah!... ten... (*Le da unas llaves.*) Por lo pronto llévate mi ferrari Testa Rosa y vete al servicio militar. Regresa después.

REBELDE.—(*Azorado.*) ¡Usted sí aguanta!... ¡No cualquiera quema su coche con los cuates. (*A LULÚ, mirándola de arriba abajo.*) ¿No vienes? (*Sale.*)

LULÚ.—¡No estoy loca!... Oye, abuelita, ese tipo siempre me sigue por todos lados.

LUCHY.—Ay, tú, ¿no te emociona que te asedien?

Ya te he dicho que sólo a cierta edad se puede una dar ese lujo.

LULÚ.—¿Empezamos otra vez?

LUCHY.—Con la cantidad de muchachos que van a venir a tu fiesta podrías sacar un novio para cada hora.

ELOÍSA.—Pues a mí mis novios me visitaban por equipos: nadadores, futbolistas, cuadrillas de toreros y hasta charros a caballo. ¡Caray! tanto escoger de lo bueno y fui a caer en manos de un pintor. Me hizo retratos de frente, de lado, de pose por arriba, tres cuartos, *close up*. . . ¡hasta el cansancio!

LULÚ.—¿Y qué pasó?

ELOÍSA.—Nada; buen pintor sí era, pero por lo que fracasó y a quien todos criticaban, fue a la musa de su inspiración.

LUCHY.—¿Tanto así?

ELOÍSA.—Yo tuve la culpa. Dejé mi dieta desde que nos comprometimos. Y los críticos lo empezaron a llamar al pobrecito "El Rubens mexicano".

LULÚ.—¿Y eso no era bueno?

ELOÍSA.—Pues era por pintar gordas asquerosas.

LUCHY.—La gente no tiene educación; si tú eras la esposa no tenían por qué meterse contigo.

ELOÍSA.—Pasamos unas hambres canijas. Pero al fin la vida nos sonrió; nos dedicamos a empeñar cosas que comprábamos a crédito y así viajamos por todos lados.

LUCHY.—Como ves, Lulú, hay que tener colmillo. Ella sacrificó su juventud a la ilusión, y yo al dinero. A ella se le acabó la ventolera, y en cambio el dinero no lo sueltas si aprendes a agarrarlo bien. Bueno, Lulú, ve a vestirte.

LULÚ.—Ay. . . no. . .

LUCHY.—Anda, obedece. (*Sale LULÚ.*)

ESCENA III

LUCHY y ELOÍSA.

LUCHY.—¡Quince años!... Parece mentira que haya pasado tan rápido el tiempo, yo que pensé que iba a estar vieja para entonces.

ELOÍSA.—¡Se ve tan bien! ¿De qué color va a ser su vestido?

LUCHY.—¡Ay, el vestido!... ¡Dios mío! Nada más faltan ocho días...

ELOÍSA.—No la amueles, oye; necesita un diseño especial, no va a andar de diario.

LUCHY.—(*Escarbando papeles.*) No, no puede ser. (*Sacándolos y leyendo.*) Reflejos dorados, faja de piedra, astringentes, maquillaje para piel apiñonada, pancake de polen de orquídea, perfumes tutifruties variados de las Galias... Pitillera diseño especial y cigarros egipcios, piel de leopardo...

ELOÍSA.—¿De leopardo?

LUCHY.—Sí, es para mí también. Me voy a hacer una estola, zapatos, bolso, guantes, tocado, falda, cinturón, saquito y hasta un bikini.

ELOÍSA.—Vas a parecer Jane de la Selva.

LUCHY.—¿Te imaginas? Mi tocado va a llevar plumas de pavo real, de avestruz, de gallo, de pato, de pichu y de canario orange.

ELOÍSA.—(*Despectiva.*) Sólo te faltan dos alitas de mosca y un buitre rondando alrededor.

LUCHY.—Pero... qué pesada, oye.

ELOÍSA.—Y de Lulú ¿qué?... ¡No la irás a echar descalza y con su traje de primera comunión!

LUCHY.—¡Es verdad, ella es la de los quince años!

ELOÍSA.—Si no te amarran, eres capaz hasta de bailar el vals como loca.

LUCHY.—Déjame ver este *memorándum* de los

festejos que hicimos entre el Marqués de Garras y yo. (*Leyendo.*) “Breve y esquemático exordio sobre el desarrollo y gestación de la fiesta; *Te Deum* grandioso en la catedral de Ciudad Satélite...”

ELOÍSA.—¿Ya hay catedral allá?

LUCHY.—Todo está en veremos. Parece que ya pusieron la primera piedra. (*Continuando.*) “En medio de marchas se hará la avanzada: Lulú al centro. A media ceremonia, los coros de niños cantarán con sus voces angelicales.” Yo entraré con toda devoción.

ELOÍSA.—Eso sí, seremos medio maloras, pero creyentes.

LUCHY.—“Se arrojarán flores blancas en toda la salida y regresaremos en un Impala rojo convertible. Serán alquilados cuatro autobuses de la línea Jamaica-Panteones-Rastro para transportar a toda la comitiva de regreso al ambigú. Si llegan vivos, encontrarán la casa iluminada de colores, como el Palacio Nacional en esas fechas, y música austriaca con bocinas en los jardines. Habrá cantina libre y el *ladies' bar* estará abierto hasta la una nada más.

ELOÍSA.—(*Inconforme.*) ¡Ah!...

LUCHY.—¡Cuidadito!... Ya bastante es que cobremos las cubas. (*Leyendo.*) “A las diez de la noche circularán los condumios de cacahuete y alegría, alfajor de coco, morelianas, correosas, cueritos, muégamos, trompadas y burros de piloncillo, junto con palanquetas y dulces poblanos.”

ELOÍSA.—Oye, va estar original. Pero no pases colación, no pega.

LUCHY.—A las diez y media habrá toques de clarín para meter a toda la gente a la casa. En el salón pondremos mesa de honor al centro, y una gigantesca alrededor para cuatrocientas cabezas. (*Imaginando.*) Bajará la luz y empezará la orquesta a tocar apoteósicamente. Catorce de las mejores coristas de teatro de revista francés saldrán de debajo de las mesas

bailando hasta formar una estrella en el centro, y por la puerta principal entrarán marcialmente catorce jinetes de la policía montada del Canadá, que harán valla.

ELOÍSA.—¡Genial!... Así les damos en la torre a las quinceañeras infladas de la cuadra.

LUCHY.—Y tú y yo bajaremos por las escaleras; eso las va a envenenar, sobre todo a las mamás.

ELOÍSA.—¡Tienes razón! Y la verdad es que las grandes somos las más alborotadas, aunque ninguna se aviente a lucirse.

LUCHY.—(*Emocionada.*) Y nos van a poner hielo seco para que salgamos entre nubes.

ELOÍSA.—No nos vayan a echar mucho humo, oye, porque con la emoción nos podemos dar un mal golpe, ¡y el ridi que hacemos!...

LUCHY.—Ay, como el día de mi sexta boda, que se me rompió el tacón y salí a bailar de a cojito. Con el arroz que había sobre la pista encerada, nos dimos un trancazo horrible; caí sobre Silvio, que se pegó en el cráneo y ya se me andaba muriendo.

ELOÍSA.—‘Pus’ hubieras heredado antes.

LUCHY.—¡De veras!

ELOÍSA.—Sigue, ándale.

LUCHY.—¡Mm!... ¡Ah! Las luces de colores se agitarán y empezará la tradicional “Marcha de Aída”. El Marqués de Garras a caballo llevará a Lulú en brazos hasta el centro de la estrella donde permanecerá como si durmiera.

ELOÍSA.—Todo un espectáculo, sólo faltan los leones.

LUCHY.—Sabes, esto simboliza que ella despertará a la vida adolescente, quince años después de haber nacido.

ELOÍSA.—¡Qué hermoso!

LUCHY.—Cantaremos las mañanitas y bailarán el vals. Luego, el banquete que será preparado por los restaurantes “Hot Shops de Pagri” y el “Taste Frees”

de Acapulco, asociados. Comida internacional. Mira el menú.

ELOÍSA.—(*Leyendo el menú.*) “Cocktale cherries a la mode”. ¡Ay... cherries! “Cocktale sputnik”, “Medias de nylon”...

LUCHY.—¿Cuál nylon?, serán “Medias de seda”.

ELOÍSA.—Ah, sí, sí. Es lo mismo. “Sombie de granada”, “Season frutes”, “Fromage fondu”...

LUCHY.—Pero le van a poner queso de Chihuahua para que salga más barato.

ELOÍSA.—“Pozole rendezvous with perrin sauce”... ¡Pozole! ¿Qué es, tú?

LUCHY.—Es que lleva salsa de tomate y salsa perrin.

ELOÍSA.—“Golden faisan in mole”, “¡Chianti!”, “Demi tasse”. ¡Oh, cuántas cosas! Habiendo comida, bebida y show, está todo.

LUCHY.—Tienes razón. ¿Quieres que te acabe de leer el *memorandum*?

ELOÍSA.—¡Claro!

LUCHY.—Habrá mariachis durante la cena, después un baile flamenco. Partiremos el pastel cantando “Happy birthday to you” y seguiremos con un mano a mano entre dos conjuntos de rock.

ELOÍSA.—Pero que toquen “El hombre del brazo de oro”.

LUCHY.—¡Claro! a éstos me los voy a traer del “Heavens Hell”. Es un *rock place* donde hay puros rebeldes enmelenados y con cadenas. ¡Son de un ambiente!... ¡Con decirte que es un lugar clandestino en los sótanos de una delegación!...

ELOÍSA.—¡Uh!... Espero que no vayan a gritar peladeces. Una es gente decente.

LUCHY.—Ah... mira aquí está la nota del vestido de Lulú. Va a ser en tonos de lila, violeta, bugambilia y chiclamino. Es un diseño original.

ELOÍSA.—¿Qué no está un poco sobrio?

LUCHY.—Así lo quiso ella. Es muy necia. Yo hu-

biera preferido uno con flores de colores y unas colas largas de lamé dorado en la espalda, y con un escote en forma de corazón, a la Lollobrígida, bordado de chaquira verde fosforescente. Abajo se abrían pliegues negros donde colgaban rosas tornasol, y llevaba zapatos y tocado dorados con angelitos de colores y hojitas verdes. ¡Divino!...

ELOÍSA.—¿Y tus joyas?

LUCHY.—¡Ah!... Me voy a poner el pectoral de esmeraldas de uno y medio kilos, con su juego de aretes, anillos, pulseras y la diadema extralarga. La esmeralda más pequeña es del tamaño de una uva.

ELOÍSA.—¿Y no tienes miedo de que te roben?

LUCHY.—Estoy asegurada, hasta contra el mal de ojo.

ESCENA IV

Dichas. Luego el REBELDE y después SIGFRIDO.

Se oyen unos enfrenones y un chiflido de arriero en la calle.

ELOÍSA.—(*Se asoma al balcón.*) ¿Qué?... (*Volviendo.*) Ay, tú, ahí viene el Rebelde para acá.

LUCHY.—Da gusto ver cómo corren los coches. ¿Verdad?

REBELDE.—(*Entrando.*) ¡Ah!... (*Furioso, avienta las llaves sobre un sillón.*)

ELOÍSA.—Vienes como agua para chocolate.

REBELDE.—¿Le parece poco que me hayan ganado con un jaguar?

LUCHY.—¡Eso no puede ser! Si mi ferrari está además arreglado; yo misma me encargo siempre de que le revisen los carburadores.

REBELDE.—Pues ese coche que está allá afuera me sacó ventaja.

LUCHY.—(*Asomándose.*) ¿Quiénes son los del jaguar?

REBELDE.—Unos campeones de carreras; me están esperando abajo. Son italianos.

LUCHY.—¡Ah! sí, ¿eh? (*Poniéndose un casco, lentes, guantes y una mascada a la rock, en el cuello, agarra las llaves y salta.*) Acompáñame. ¡Qué me duren los italos a mí!...

REBELDE.—No, no vaya a manejar. Las viejas siempre ocasionan accidentes... ¡son reatascadas!

LUCHY.—¿Tienes miedo? (*Sale.*)

REBELDE.—Es que ellos son muy buenos para los arrancones. (*Decidiéndose.*) Bueno... no es nada. (*Se persigna y sale también. Seguidamente se oyen dos motores en marcha. ELOÍSA corre al balcón. Suenan un arrancón ensordecedor y luego otro igual, que se pierden a lo lejos.*)

ELOÍSA.—¡Eso, Luchy!...

SIGFRIDO.—(*Entrando.*) ¡Caray!... Buenas.

ELOÍSA.—(*De espaldas.*) ¡Mucho!... Muy buenas. (*Se toma de las caderas.*)

SIGFRIDO.—¿Qué?... ¿De qué habla usted?

ELOÍSA.—Qué diera yo por ser rebeldona... ¡Ay, Sigfrido!

SIGFRIDO.—Ya ni la amuele. Confórmese con lo que Dios le ha dado, aunque le parezca poco.

ELOÍSA.—Pues ni crea, yo fui soldadera durante la Revolución. ¡Ay, y de categoría!... ¡Lástima que no me hayan inventado mi canción como a la pesada de Rosita Alvarez!

SIGFRIDO.—Esa ni a soldadera llegaba.

ELOÍSA.—Muy cierto. La mataron en el mismo tablado donde Luchy y yo bailábamos can can. Buena mustia que era; por la mañana, niña de familia; pero en la noche, cuando cantaba cuplés para el ejército, chica de fama. (*De pronto suena en el baño un alarido espantoso, y momentos después, el golpe de algo pesado y blando que se estrella estrepitosamente afuera en la calle. Un griterío de mujeres invade el lugar.*)

ELOÍSA.—¡Dios mío!... Algo horrible debe estar pasando en el baño.

SIGFRIDO.—(*Tocando la puerta.*) ¿Le sucede algo, señor marqués? ¡Conteste!... (*Sigue tocando en vano.*)

ELOÍSA.—Más vale que entremos a averiguar. Ese marqués es capaz de lo peor. (*Con rapidez abre la puerta y entra.*) ¡Ay!... (*Sale impresionadísima, cubriéndose los ojos.*)

SIGFRIDO.—(*Asomándose.*) Aquí dentro no hay nadie.

ELOÍSA.—¿Qué? (*Entrando de nuevo.*) ¡Es verdad! ¡Ay, lo que me imaginé!... Con tantos gritos, ya ni sabe una...

SIGFRIDO.—Pues del condenado viejo, ni su sombra.

ELOÍSA.—Entonces ¿quién lanzó ese alarido? P'a mis adentros que fue el gachupín.

SIGFRIDO.—¡Qué raro! La tina está llena de agua y la regadera abierta. Es un mojadoero por todos lados...

ELOÍSA.—¡Viejo cochino! ¡Sabrá Dios qué se hizo!... ¡Qué barbaridad, cómo escandalizan las criadas de junto!

SIGFRIDO.—¡Huy, ya nos rompieron otro vidrio!

ESCENA V

SIGFRIDO, ELOÍSA y el MARQUÉS DE GARRAS, *que aparece subiendo la escalera. Viene desnudo, empapado, con la cabeza enjabonada y cubriéndose con una cobija.*

MARQUÉS.—¡Rediez!...

ELOÍSA.—(*Sorprendida.*) ¡Eh!... No estamos jugando escondidas.

MARQUÉS.—¡Cállese! Si yo le contara el zoquetazo que me he pegado contra el pavimento...

SIGFRIDO.—(*Regresando del baño.*) De seguro se deslizó los dos pisos por la ventana el viejo...

MARQUÉS.—Me he resbalado con el jabón y salí volando hasta el patio del vecindario de aquí atrás. ¡Pero es que tenían que haber metido ventanas junto a la bañera!...

SIGFRIDO.—Ahora me explico por qué las criadas de la vecindad están metidísimas mirando para acá.

MARQUÉS.—¡Dios mío, a mí me están pasando muchas cosas! No es posible tanta desgracia. Yo que siempre había sido muy pudoroso...

ELOÍSA.—Ni diga, desde que llegó se la ha pasado causando sensación entre la clase obrera.

MARQUÉS.—Señora, usted me insulta. (*Sentándose.*) Ya bastantes gentes me vieron caer por los aires en cueros. Esta cobija me la dio una alma piadosa. ¡Ay!...

ELOÍSA.—Se nota... ¿Qué le pasa? ¿Le duele algo?

MARQUÉS.—Me rajé la cabeza contra las llaves de un lavadero.

ELOÍSA.—Sigfrido, traiga usted vendas y unos huevos batidos con tequila. Ah, y deme un algodón con alcohol.

SIGFRIDO.—(*Entra al baño y sale con un pequeño botiquín.*) Pa'mi que intentó suicidarse. (*Sale.*)

MARQUÉS.—Hubiera creído que había muerto si no es por una anciana que me cogió a sartenazos. (*Delirando.*) ¡Ay, llamen a Luchy, llamen a Luchy!...

ELOÍSA.—(*Curándolo.*) No sé por qué le ha tomado usted tanto afecto a Luz. Ella no lo merece. Será porque usted vive a la usanza española...

MARQUÉS.—¿Eh?... ¡Luchi es una mujer excelente!

ELOÍSA.—(*Celosa.*) Pues lo que usted no sabe es que Luchy tiene bajo su almohada una figurita de

manta española con gorrito de Napoleón a la que le clava alfileres de vez en cuando.

MARQUÉS.—¿Cómo?

ELOÍSA.—También ha puesto de cabeza a todos los santos, y en la noche prende una hoguera en la azotea para invocar al diablo... Sólo así me explico que se lo traiga a usted de una ala.

MARQUÉS.—¿Qué estoy oyendo?... Pero si jamás fumo nada.

ELOÍSA.—Ella es muy apasionada, no deja chance.

MARQUÉS.—(*Cavilando.*) Claro... Si yo siempre había sido muy sano, y estos dolores que padezco no pueden ser del hígado. Además, tanta desgracia debe ser obra de un monstruoso hechizo. ¡Me han embrujado!...

ELOÍSA.—(*Lanzándose sobre el MARQUÉS.*) Es usted un Casanova, Marqués de Garras. (*Lo abraza apasionadamente.*)

MARQUÉS.—Ya decía yo; lo que me pasa es algo sobrenatural. ¡Por Dios, deténgase; esto ya no es brujería!

ELOÍSA.—Fuguémonos a Ghana, Marqués.

MARQUÉS.—¡Ay, qué asco! Me han sucedido cosas tan horrendas que en este instante sólo me faltaría enamorarme de alguien repugnante. (*Enloquecido, recorre el salón y señala a Eloísa.*) ¡De usted!... ¡Ay, qué desgracia!...

ELOÍSA.—(*Cambiando de tono.*) ¡Qué se cree, haría su agosto!...

MARQUÉS.—¡Siendo México tan grande, tenía que venir a parar a este manicomio!... (*Trata de salir, pero ELOÍSA lo detiene.*)

ELOÍSA.—Una cosa sí le pido, Marqués. No le vaya a decir a Luchy que yo le conté todo.

MARQUÉS.—¡Caramba! (*Viendo sus pies fijamente.*) Hasta el pie de atleta y caspa me han salido.

ELOÍSA.—Eso sí que no. Para atletas, nos íbamos a la Olimpiada a armar revuelo.

MARQUÉS.—¡Ah, sí! Pues la que quiera azul celeste, que sus millones le cueste. ¡Y como me siga el hígado!...

ELOÍSA.—¡Qué alarmista es usted! Esa clase de molestias se las quitan con una limpia esas húngaras que leen la taza de café a domicilio.

ESCENA VI

El MARQUÉS, ELOÍSA y SIGFRIDO que entra embadurnado de algo gelatinoso desde la cabeza hasta los pies. Después LIZI.

SIGFRIDO.—(*Muy enojado.*) ¡Señora!... Mire lo que me hizo su condenada escuintla.

ELOÍSA.—¿Lizita? No, no puede ser. Si es un ángel de Dios, la inocente. Usted sólo viene a escandalizar con chismes. Mi hijita sería incapaz...

SIGFRIDO.—(*Indignado.*) ¿Incapaz? Me dio un tope en las asentaderas cuando estaba agachado sobre la canasta de los huevos...

MARQUÉS.—¡Qué audacia de criatura! Una futura yerbera...

ELOÍSA.—Usted debía ver que es una niñita, aunque esté un poco desarrollada.

SIGFRIDO.—Pues estoy a punto de pensar que es anormal. A mi vieja, cuando lava la ropa siempre se la ensucia con sus manotas llenas de lodo.

LIZI.—(*Entra con sus bucles dorados y su canastita, y ELOÍSA la abraza y la besa.*) ¿Quién compró un lodo?

MARQUÉS.—(*A ELOÍSA.*) ¿Es ésta la interfecta? Es el vivo retrato de usted.

ELOÍSA.—Oigame, no me la acompleje así. ¡Ninguna imperfecta!

SIGFRIDO.—¡Que no se me acerque!... ¡Señora, que no se me acerque, o le voy a dar una patiza!

ELOÍSA.—Se ha vuelto usted muy igualado, Sigfrido. ¡Habrá que ponerlo en su sitio! (SIGFRIDO *sale muy ofendido.*) ¿De dónde vienes, Lizi?

LIZI.—¡De la calle!

ELOÍSA.—¡Cómo! ¿Ya te me andas pelando para donde están los coches?

LIZI.—No, ez que fui a la Diana a llevar a nadar a loz pezcadoz de mi tía Luz.

MARQUÉS.—¿Los pescados japoneses?

LIZI.—¡Zí! Ezoz de cien mil pezoz que tanto exagera mi tía. Ze me murió el de loz bigotez rougez. (*Saca un pescado rojo de su canastita.*)

ELOÍSA.—¡Ay, Dios mío! ¡Nos lo va a cantar hasta la muerte!

MARQUÉS.—¿Cómo te llamas, preciosa?

LIZI.—¡Perro!

ELOÍSA.—¡Qué pelada! Andale, dile cómo te llamas, dile al marqués.

LIZI.—¡Perro!

MARQUÉS.—¡Qué grosería! Yo que usted le daba un tortazo.

LIZI.—¿Y por qué no ze lo da a zu abuela?

ELOÍSA.—¡Niña!

LIZI.—¡Zí! a zu abuela, que debe zer gitana!

MARQUÉS.—¿Mi abuela? Mi abuela fue una santa.

LIZI.—¡Mentirozo! (*Se agarra al MARQUÉS mor-diéndole una mano.*)

MARQUÉS.—(*Gritando.*) ¡Ah!... ¡Pero qué bicharraco este! ¡Suéltame o te zumbo un sopapo! (*Logra zafarse.*)

LIZI.—A que no me alcanzaz...

ELOÍSA.—¡Cállate, me pones nerviosa!...

LIZI.—(*Persiguiendo al MARQUÉS.*) Ese hombre anda encuerado.

ELOÍSA.—Vete a dormir, niña.

LIZI.—¿A eztaz horaz de la mañana?

ELOÍSA.—Sí, tengo que pensar en mi indumentaria para la fiesta.

LIZI.—De todoz modos te vez muy cochambroza.

MARQUÉS.—¡Habrás visto!...

ELOÍSA.—Me pondré el terciopelo verde. Usted debiera alquilar una armadura, Marqués.

LIZI.—Y yo me voy a disfrazar de...

SIGFRIDO.—(*Entra de nuevo, sigue muy ofendido, y habla con toda parsimonia.*) Señores, la señorita Lulú acaba de desmayarse en el patio. (*Hay conmoción general y cae el telón.*)

ACTO CUARTO Y ULTIMO

LA FIESTA DE LULÚ, UNA NOCHE DE SEPTIEMBRE.

ESCENA I

LUCHY y ELOÍSA.

Al subir el telón comienza a sonar majestuosamente la "Marcha de Aída". Las sombras de LUCHY, LULÚ y ELOÍSA bajan la escalera entre aplausos y gritos de alegría, mientras las luces se alternan en verde y rojo como en un cabaret, hasta quedar fijas. Luego, la voz de LUCHY se deja oír con ecos, como pregonera.

LUCHY.—...Y por lo mismo, yo, en nombre de nuestra prestigiada familia, te presento en sociedad, para que nos ilumines con tu sonrisa. Acto que hago en presencia de las casas reales de la nobleza europea. ¡María de la Luz! ¡Lulú!..., hija mía, recibe esta fiesta monumental como parte del gran cariño que te tengo y te tendré, ya que nunca caerás de mi gracia. Que todo lo que te acontezca hoy sea grandioso, para que nadie opaque tu enorme felicidad hasta el día cruel en que tengas que morir. Sea entonces esto un recuerdo maravilloso, y cuando descendas levemente en tu ataúd chapetoneado ante los ojos del cortejo que llevará tu féretro, al compás marcado de una inmutable matraca... *(Es interrumpida por escandalosas carcajadas de los invita-*

dos. Seguidamente hay un aplauso ensordecedor y suena un can can con gritos y voces insolentes, dando fin al discurso de LUCHY. Poco después aparece ella, ataviada con una suntuosa soiré, cubierta de joyas y con un pergamino en la mano. Detrás de ella, envuelta a la romana con un terciopelo verde y con una coronita dorada a la Nerón en la cabeza, llega ELOÍSA.)

ELOÍSA.—Todo ha salido chueco, tú.

LUCHY.—¿Viste?... ¡Se rieron los muy ignorantes!...

ELOÍSA.—Pero estuviste vaciada.

LUCHY.—¡Qué imprudentes, ya se pararon a bailar antes del vals!

ELOÍSA.—Hasta ahorita me la he pasado controlando la entrada. El policía secreto que contrataste para eso, aún no revela su identidad.

LUCHY.—Y yo, cuidando la comida y la bebida. Cada vez que me amenso, los meseros me chanchullean.

ELOÍSA.—Todo está saliendo horrible.

LUCHY.—Lo peor fue que tuviéramos que regresarlos de Ciudad Satélite a las carreras y hacer el *Te Deum* en la capillita de las barracas... ¡Qué pena!

ELOÍSA.—¿Y qué pasó con todo el dinero que gastaron allá?

LUCHY.—Me está latiendo que nos hicieron lo de Toluca, y que el tipo con que tratamos ni a sacristán llegaba.

ELOÍSA.—¿Qué tal si no me jalo por el padrecito de la colonia? Tuve que sacarlo de una vecindad donde estaba aplicando los Santos Óleos. Por eso me tardé tanto.

LUCHY.—Ni sabes, al entrar en la iglesia una vieja de lo más vulgar se metió en el cortejo y me dio un empujón tan horrible que hasta la devoción se me fue.

ELOÍSA.—Ay... qué bueno que no nos diste una escena... porque si te la descuentas...

LUCHY.—Estuve a punto de dejarle la cara como falda de hawaiana. (*Asomándose al hall y señalando a la mujer.*) ¿Ya viste cómo viene? Trae su vestido de bodas arreglado.

ELOÍSA.—¡Pero si es negro!

LUCHY.—Pues a leguas, a leguas se nota que le añadió sábana en los laterales y lo tiñó. Y trae el cuello lleno como de arreos de plástico.

ELOÍSA.—¡Qué loca!... ¡es el colmo! ¡Ah!, pero a que ni has visto a una flaca que se nos pegó desde el *Te Deum*; trae chal y trenzas. Eso sí, se bota un estraples azul aqua como los que sacan en la película de la reina de Saba. Pero los zapatos no son horma italiana.

LUCHY.—Fíjate que subí a guardar este pergamino de Lulú; trae el árbol genealógico de la familia. Nos acaban de encontrar parentesco con los Borgia, aunque yo prefiero a los Médicis. Pero esto es como *un pedigree*.

ELOÍSA.—Yo ando buscando un regalo que me dio la vieja ricachona del diez, la del condominio, y no lo encuentro.

LUCHY.—(*Sacudiéndose los hombros.*) ¡Ay, qué desesperación, no sé quién judas se ha dedicado a aventarme migajones por el escote! ¡Y para mí, que está acá arriba!...

ELOÍSA.—¡Qué inconsciencia! También les aventaron a los periodistas un vaso de agua chirria. Y tuvieron que limpiarse con el mink de la esposa del cónsul.

LUCHY.—¡Ay, no! Tenemos que tratarlos bien; pienso sacarles gratis la reseña de la fiesta.

ELOÍSA.—También andan quemando los vestidos con los cigarros. ¡Qué plebes!

LUCHY.—(*Asomándose de nuevo por el mezza-*

nine.) ¡Ay, tú, siguen las colas al baño!... Lo más probable es que vaya a haber pleito.

ESCENA II

Dichas y SIGFRIDO, que viene impecablemente vestido. Luego LIZI.

SIGFRIDO.—Señora, usted me dice si sigo exhibiendo los regalos o ya no dejo que se los roben.

ELOÍSA.—¡Pero qué descaró!... Ni por que está le policía montada del Canadá.

SIGFRIDO.—A esos, como el whisky les estimula la presión, les prepararé varios catres para que descansen. Fíjese que hay una parejita que cada vez que entra, desaparece algo de oro.

LUCHY.—(*Alarmada.*) ¡Ay! Las cosas de oro las alquilé para hacer más lujosa la exhibición. ¡No sea usted burro, me van a dejar en la calle! (*Sale.*) ¡Abranla!

ELOÍSA.—Entonces ya se clavaron mi regalo. Ay, Sigfrido, ayúdeme a buscarlo.

SIGFRIDO.—¿Era de oro o de joyas?

ELOÍSA.—No, era un *sand dust fumigué pancake fire insecticida* para maquillarse y evitar que se suaban las pulgas y se acercuen las moscas.

SIGFRIDO.—(*Buscando.*) Ah, no, entonces no se lo robaron. Sólo se pescan lo bueno, como los fruteros de plata, los cubiertos, los picaportes, los apagadores y hasta las llaves del lavabo.

ELOÍSA.—(*Lanza un grito.*) ¡Ay!... Mire esto.

SIGFRIDO.—¿Algún cadáver? No me diga que ya venadearon al Marqués.

ELOÍSA.—No. (*Levantando un papel del suelo.*) La envoltura de mi regalo.

LIZI.—(*Se asoma en camisón.*) ¿Quién hizo ¡ay!? ¡No me dejan dormir!